

les entibiran la sábia opresion de los emperadores ó sus rivalidades. Desesperado Atila de enseñorearse de la plaza despues de tres meses de infructuosos asaltos, iba á levantar el sitio, cuando descubrió una cigüeña que se disponia á huir con sus polluelos de una torre donde tenía su nido. Hábil en sacar partido del más insignificante accidente, dice y hace repetir que la ciudad está á punto de sucumbir, puesto que animales tan fieles abandonan sus murallas. De esta suerte reanima el fatigado valor de los suyos, á quienes conduce al asalto con un fervor supersticioso; abierta brecha, queda reducida Aquilea á un monton de escombros para no volverse á levantar nunca. Altino, Concordia, Padua, sufrieron igual desgracia, y poseidos de espanto sus moradores, huyeron del Continente para refugiarse junto al Adriático en los vecinos islotes; este fué el origen de la ciudad y de la república de Venecia, que debia conservar su imperio y su libertad por más tiempo que Roma.

Penetrando entonces en lo interior del país, entregó Atila á la devastacion las ciudades de Vicenza, Bérgamo, Verona. Libertáronse del incendio, merced á una pronta sumision, Milan y Pavia, abandonando, no obstante, sus riquezas. Al entrar Atila en la primera ciudad, vió en el palacio de los emperadores un cuadro en que estaban representados sobre el trono hollando á los bárbaros con su planta; sonrióse y mandó que fueran pintados los Césares derramando á sus piés sacos de oro.

Pasmada y decaída de ánimo la Italia toda á la noticia de tan reiterados desastres, permanecia sumida en estúpido letargo, sin direccion, sin ejército, agotada de habitantes. Sólo estaba todavía en pie Aecio; pero los aliados que le habian socorrido del otro lado de los Alpes, cuando su propia salvacion se hallaba enlazada con la del imperio, veian á la sazón sosegadamente como se desencadenaba la furia de los hunos contra Italia. Limitábase el imperio de Oriente á empeñar la promesa de acudir con socorros; reducido de esta manera el general romano á fuerzas poco numerosas, no podia hacer otra cosa que ostigar de flanco al ejército de Atila. Hasta el mismo Valentiniano descansa débilmente en la vacilante fidelidad de Aecio, y teniendo á Rávena por asilo poco se-

guro, habia huido con direccion á Roma. Viendo posteriormente que aún esta ciudad se encontraba desguarnecida de tropas, y que sus murallas estaban en malísimo estado, pensaba en abandonar la Italia.

En medio del universal desaliento, el papa Leon y Avieno, opulento romano y personaje consular, adoptaron el partido de presentarse en ademan suplicante á Atila, con el fin de inducirle en nombre de la religion y de los antiguos recuerdos, á consentir en la salvacion de Roma.

Cerca de Peschiera encontraron al terrible guerrero, el cual les recibió con grande miramiento, y le conjuraron á que se retirara, prometiéndole sumas inmensas por vía de dote de Honoria.

Las leyendas, que, como ya se ha visto, se ejercitaron mucho acerca de estos notabilísimos acontecimientos, hablan de muchas batallas dadas bajo los muros de Roma; batallas tan encarnizadas que en ellas perecieron todos los soldados, á excepcion de los generales, y, aún despues de abandonar las almas á los cuerpos, continuaron los cadáveres combatiendo por espacio de tres dias y tres noches cual si fueran guerreros vivos. Otros dicen que San Pedro y San Pablo se aparecieron al jefe de los hunos, para proteger la ciudad donde reposan sus cenizas, amenazándole con la cólera del cielo, lo cual le inclinó á retroceder camino; milagro perpetuado á través de los siglos por el pincel de Rafael y por el cincel de Algardi.

Hasta sin la intervencion de ningun milagro es posible creer que contuviera á los bárbaros un sentimiento de respeto hácia la antigua capital del mundo pagano, y hácia la nueva metrópoli del cristianismo. Reciente se hallaba el ejemplo de Alarico: no bien hubo violado la gran ciudad, quedó cortado el curso de sus triunfos con el hilo de su existencia. Además sabia Atila que el orador de sus guerreros, impetuoso en el ataque, no resistia á las largas fatigas de los asedios, y eran diezmados por las enfermedades con que tantas veces ha castigado Italia á sus invasores. Por último, ¿qué atractivo podian brindar los palacios á Atila, acostumbrado á considerar como la libertad el aire de los campos, y como cárceles los edificios de las ciudades? Ciertamente codiciaba bo-

tin, y para eso llegaban á ofecérselo sin que hubiera de costarle ningun trabajo.

Asi, pues, aquel Atila que semeja un gigante, porque aparece subido sobre un inmenso monton de ruinas, vuelve á tomar el camino de su ciudad de madera (454). Ya en camino le ocurre el pensamiento de añadir, á tantas mujeres como le han hecho padre de una porcion de hijos, la jóven Ildegonda; pero en el júbilo de este enlace, ó á consecuencia de los excesos del tálamo nupcial, le asalta la muerte. El cadáver de aquel en cuya presencia temblaba todo, desde el Báltico al Atlas y al Tigris, fué expuesto en medio del campo entre dos largas hileras de tiendas de seda. Sus hunos se cortaron los cabellos, se maceraron el rostro y rociaron sus funerales con sangre humana. En torno suyo cantaban con torba y triste mirada: «Este es Atila, rey de los hunos, hijo de Muntsuk, señor de naciones valerosas, quien, en virtud de un poder inaudito, poseyó por sí solo la Escitia y la Germania, espantó á los dos imperios de Roma hasta tal punto que, para no entregarle todo el botin, despues de haberle calmado con sus ruegos, le ofrecieron un tributo anualmente. Habia llevado á feliz remate todas sus empresas, cuando murió no de resultas de una herida del enemigo, ni de traicion de sus parciales, sino en medio de los goces y sin experimentar dolor ninguno.» Sus despojos, metidos en tres atahudes, uno de oro, otro de plata y el último de hierro, fueron sepultados de noche con los trofeos más preciosos del enemigo y con los cadáveres de los esclavos que habian abierto la fosa: en rededor celebraron los más nobles entre los hunos los funerales de su caudillo con banquetes, donde el libertinaje corrió parejas con la intemperancia.

Entonces se pudo reconocer cuánto habia sido el poder de aquel hombre que habia sujetado al freno á tantos bárbaros de distintos caracteres. Sus numerosos hijos se disputaron sus vastísimas posesiones, si bien ya se habian escapado de sus manos. Diéronse cita las diversas naciones en la Pannonia. Allí vinieron á las manos unos con otros; el godo de enorme espada, el gépido diestro en disparar la javelina, la infantería sueva, la caballería de los hunos, el alano de pasada armadura, el hérulo de ligeras

armas, y mil tribus sin caudillo, que habian militado á las órdenes del *Azote de Dios* hasta entonces. Treinta mil hunos quedaron tendidos en el campo de batalla con Ellach, hijo primogénito de Atila; hondamente divididos sus hermano, sostuvieron con debilidad suma la terrible gloria de su padre.

Refugiáronse las hordas húnicas hácia los Palus-Meótidas, donde quizá tomaron el nombre de uturguros, con el cual invadieron la Iberia y la Armenia; otros, mezclándose bajo el nombre de sabiros con los eslavos, produjeron tal vez la nacion rusa. Los ostrogodos, que, á pesar de haber sido avasallados por Atila, conservaron algun resto de independecia y sus propios reyes, estaban gobernados á la muerte de Atila por tres hermanos Amalos; Valamiro, Teodomiro y Videmiro, y se repartieron la Pannonia. Arderico, rey de los gépidos, se extendió por la Alta Mesia y por una parte de la Dacia; los rugos, que en tiempo de Tácito, residian junto á la embocadura del Oder, y de quienes conserva memoria la isla de Rughen, no aparecen más que en los ejércitos de Atila; despues de su muerte se establecieron en las comarcas situadas al Norte del Danubio, donde están actualmente el Austria y la Moravia, y permanecieron allí hasta que destruyó su dominacion Odoacro.

CAPITULO X.

Últimos emperadores de Occidente

Aquella misma noche en que exhaló Atila el postrer suspiro, habia visto el emperador Marciano en sueños el arco del conquistador que se hacia pedazos. Habíase roto efectivamente, aunque no por eso se cicatrizaban las gangrenadas llagas del imperio. Tan desventurados eran los pueblos que hasta deseaban el triunfo de los bárbaros por lo mucho que les abrumbaban los impuestos. Descargaban los ricos todo el peso sobre los pobres, que ya ni aún siquiera tenían como alivio de su miseria el recurso de las larguezas imperiales. Las sospechas multiplicaban las confiscaciones y las persecuciones criminales; muchos individuos, en rebeldía contra la sociedad y las leyes, se entregaban al pillaje en los caminos y en las aldeas; su número habia llegado á ser tan considerable que,

bajo el nombre de bagaudos, habían arrancado á la dominación romana la Armórica y parte de la España. Muchas provincias se habían perdido, otras estaban en vísperas de rebelarse. Apenas era vencida ó fijaba su residencia en algun punto una población bárbara, se veía asomar otra en ademan amenazante con fuerzas todavía no encendidas. Hallábanse debilitados los ejércitos y exhausto el tesoro; un sentimiento general de laxitud y de espanto oprimía los espíritus y hacía temer la aproximación del duodécimo siglo de Roma, reputado como funesto á su duración en los cálculos sacerdotales de los etruscos.

Hasta los mismos emperadores, incapaces de promover el bien, no sabían otra cosa que acelerar la ruina del imperio. Valentiniano III, joven absolutamente falto de energía, había perdido en Placidia el único freno propio para dirigirle y contenerle. Tan luego como dejó de necesitar de los servicios de Aecio concibió odio hácia la persona de aquel á quien había proclamado salvador del imperio, y á instigación de sus eunucos le atravesó el corazón con la espada, de que nunca había sabido hacer uso contra los bárbaros (454); de una manera igualmente vil y cobarde fueron asesinados los amigos del patricio. Luego se atribuyeron á Aecio, como á todo hombre que sucumbe, proyectos ambiciosos, inteligencias con el enemigo, tentativas de revolución en el Estado. Quédannos muy pocos documentos para comprobar el hecho; sin embargo, sus actos nos le presentan como incapaz de soportar un émulo de podery de gloria, y no como ávido de la categoría suprema, que nadie hubiera podido disputarle. Ajeno al sentimiento que inspira el amor de la patria, no comprendía otra libertad que la que estribaba en emancipar á su soberano del extranjero yugo y á sí propio de todo el que intentara oponer obstáculo á sus deseos. Peleaba por aquel honor militar á cuyo impulso van todavía actualmente millares de soldados á prodigar su vida y á figurar como héroes en interés de una causa que no han examinado ó que tal vez ignoran de todo punto. No faltaron aplausos al asesino imperial, si bien un romano se atrevió á decirle: *Has procedido á semejanza del que se corta la mano derecha con la mano izquierda.*

Además, los súbditos de Valentiniano tenían que sufrir los espantosos desórdenes á que se entregaba, insultando las virtudes de la emperatriz Eudoxia, y consagrando su afecto y sus favores á las damas de más elevada alcurnia. Habiale opuesto una virtuosa resistencia la mujer de un rico senador de la familia Anicia, llamado Petronio Máximo; pero cierto día (455) que había ganado á éste crecidas sumas al juego, le obligó á que le entregara su anillo en prenda, y se lo envió á aquella por quien ardía en deseos, haciendo que la dijera como su esposo la aguardaba en los aposentos de Eudoxia. De esta suerte llegó á satisfacer su brutal apetito; pero Máximo, furioso, se propuso lavar semejante afrenta con sangre. Dos soldados de Aecio, admitidos imprudentemente en las filas de los guardias, le ofrecieron el auxilio de sus brazos, y degollaron al emperador en el campo de Marte (16 de Marzo).

No costó mucho trabajo á Máximo conseguir que le proclamaran señor del imperio (27 de Marzo); pero aquel fué el término de sus prosperidades y de las virtudes de que hasta entonces había dado ejemplo. Una excelente fortuna, sus elegantes y generosos modales, le habían conquistado numerosos clientes y amigos sinceros, permitiéndole sustentar dignamente la categoría de la familia Anicia. Dos veces cónsul, tres prefecto del pretorio en Italia, y por último patricio, agregaba á los cuidados exigidos por tan altas funciones la afición de honestos solaces, y el reloj hidráulico le servía para distribuir las ocupaciones del día. ¡Cuánto hubo de echar de ménos aquella tranquilidad pérdida al encontrarse á la cabeza de un imperio, cuya grandeza no era capaz de hacer renacer persona humana! ¡Cuántas veces al fin de días borrascosos y tras largas noches de insomnio hubo de querellarse de su suerte con el cuestor Fulgencio, exclamando: *¡Dichoso Dámocles, cuyo reinado empezó y acabó en el mismo banquete!*

Quiso consolidarse en el trono haciendo que su hijo contrajera matrimonio con Paladia, hija del emperador asesinado; y aun él mismo, habiendo perdido su esposa, se casó con la viuda Valentiniano. Esta, que sólo había cedido á la violencia, deseosa de vengar á su marido y á sí misma, recurrió al terrible Genserico, á

quien sedujo la circunstancia de poder dar á la invasión un honroso pretexto. Armó una numerosa escuadra, y en ella se hizo á la vela desde Africa, con sus vándalos y un cuerpo de alanos, y desembarcó en la embocadura del Tiber. Máximo, que por una imperdonable incuria, no había preparado nada para la defensa, sólo pensó en la fuga, exhortando á los senadores á hacer otro tanto; mas no bien se presentó en las calles, fué acometido á pedradas y se arrojó su cadáver al río (455).

Tres días despues de aquella sedición había llegado ya Genserico sin esgrimir una sola vez las armas á las puertas de Roma, que no sabía más que gemir y orar, mostrándose valiente para el asesinato, y totalmente desprovista de denuedo para la defensa. Nuevamente extendió la religión su égida sobre la ciudad. Leon que le había protegido contra el furor de Atila, se encaminó procesionalmente con el clero á los reales de Genserico, y fuerte con la autoridad de un nombre venerado, con la santidad de su ministerio, con el acento de la elocuencia, le indujo á prometer solemnemente que, si no le oponía ninguna resistencia, perdonaría á los habitantes del incendio y de la matanza, y á los prisioneros de la tortura. Fué entregada la ciudad á un saqueo de catorce días; las riquezas, que se habían escapado de la codicia de los soldados de Alarico, se amontonaron entonces á bordo de los bajeles africanos, como para consumir la venganza de Cartago sobre su rival humillada.

El templo de Júpiter en el Capitolio, monumento de patriotismo y de magnificencia más bien que de religión, fué despojado de su techumbre de dorado bronce; no obstante, las estatuas de los dioses y de los héroes quedaron intactas. Tito había depositado en el templo de la Paz los objetos preciosos arrebatados al culto hebraico en la Judea, la mesa de oro, el candelabro de los siete mecheros, tambien de oro; todo fué arrancado de allí por las gentes de Genserico. Tampoco se exceptuó del pillaje á las iglesias cristianas, y el papa Leon mandó fundir seis vasos de plata que habían sido regalados por Constantino. Nada decimos de los despojos de los palacios, robados con rapacidad tanta, que habiéndose adelantado la misma Eudoxia al encuentro del libertador á quien ha-

bia llamo, se vió desposeida en brevísimo instante de las joyas que llevaba encima; despues fué trasladada con sus dos hijas á bordo de las naves, en compañía de millares de esclavos escogidos por su robustez ó por su hermosura.

Un viento favorable empujó la escuadra hácia Cartago con el botín y los cautivos, á quien el otispo Deogracias prodigó socorros sin tasa. A fin de rescatar á algunos de ellos, y para hacer más llevadera la suerte de los demas, vendió los vasos de oro de su iglesia; convirtió dos templos en hospitales para asistir á aquellos que á consecuencia de la pesadumbre y de la travesía habían caído enfermos, les distribuyó camas, y les proporcionó la subsistencia y los medicamentos. Aun siendo muy anciano pasaba la noche cerca de ellos, ofreciéndoles aquellos consuelos á la caridad únicamente reservados.

Paulino, obispo á la sazón de Nola, despues de haber sido cónsul, buen poeta y hombre de santa vida, empleó en el mismo uso todas las riquezas de los templos; y como no le quedara ya cosa alguna para proveer al rescate del hijo de un pobre viuda, se hizo esclavo en su puesto (455).

Por otros puntos hacían tambien los bárbaros continuas irrupciones, y las provincias por su parte sacudían, unas en pos de otras, el yugo de la ciudad de los Césares, que ya no podía atender á su defensa. Habíanse adelantado los francos y los alemanes hasta el Sena; talaban los sajones las costas; los godos aspiraban á hacer duraderas sus conquistas. Máximo había confiado el encargo de reprimir á estos últimos á Avito, noble arvernio, que en su mocedad se había dedicado á la literatura y al estudio del derecho, sin que por esto descuidara las armas y la caza. Había merecido bien de su patria tanto en la paz como en la guerra, peleando contra los hunos en union de Aecio, lo cual le había valido ser nombrado prefecto del pretorio en la Galia. Por moderación natural, ó tal vez por ponerse á cubierto de la envidia, se había retirado á su casa de campo cerca de Clermon, donde pasaba el día con sus amigos; invertía la mañana en el juego de pelota ó en su biblioteca, compuesta de lo más selecto de los autores griegos y latinos; á la hora de la comida y

de la cena se cubría la mesa con manjares cocidos ó asados, que servían á sus convidados rociándolos con vino; y empleaba el resto del día en dormir, en montar á caballo y en saborear el placer del baño.

Engolfado se hallaba en estos dulces solaces, cuando recibió las cartas en que le anunciaba Máximo cómo le había nombrado general de la caballería y de la infantería. No negó á su patria los servicios que exigía de su persona, y ora fue se porque inspirara confianza á los bárbaros, ora porque les infundiera miedo, es lo cierto que se mantuvieron en reposo, y al fin pudo respirar el pueblo. Tampoco desdeñó dirigirse personalmente en calidad de embajador á Tolosa, para tratar allí con el rey de los visigodos, de quien dependía la tranquilidad de su territorio.

Hallábase gobernada en aquel tiempo la Aquitania por Teodorico II, el cual había ascendido al trono quitando la vida á su hermano Torismundo, acusado por él de haber querido celebrar alianza con el imperio. Muchas veces le había tenido en sus brazos Avito cuando todavía era tierno infante, y hasta le había enseñado á comprender á Virgilio. Estas antiguas relaciones de amistad dieron margen á que tan luego como se supo la muerte de Maximino, ofreciera Teodorico á Avito prestarle ayuda para que se enseñoreara del poder soberano, objeto de sus aspiraciones (455); proclamóle emperador la asamblea anual de las siete provincias, congregada junto á Arlés. Fué reconocido por Marciano (10 de Julio) y no pudo ser rechazado por Roma ni por Italia, que se limitaron á rogarle que fijara su residencia en la antigua capital del mundo. Encaminóse á ella, efectivamente, y el poeta Sidonio, su yerno, hizo decir á Júpiter en un panegirico largo y enojoso lo siguiente: «No de otro modo soportó por algun tiempo el Tirintio el peso de los cielos y de su madrastra, cuando sustituyó á Atlas en la roca líbica, y reposó más seguramente sobre los hombros de Hércules la mole del mundo.— ¡Oh Roma, madre de los dioses, orgullosa con tantos príncipes, torna á alzar la frente! Un príncipe de edad madura te rejuvenecerá más de lo que te habían hecho envejecer emperadores niños.—Y los dioses aplaudieron las palabras de Júpiter y las parcas hilaron en sus

veloces husos los siglos dorados por este imperio.»

Adulaciones descaradas y mentirosos vaticinios. No supo resistir la voluntad de Avito á las seducciones de una categoría, á la que todavía quedaban los goces, á falta de la grandeza. Hízose muchos enemigos, agraviando con la deshonra á infinita d de familias. Poco tardó en estallar el descontento, y el Senado, á quien había restituido alguna autoridad la flaqueza de los soberanos, usó de su derecho de elegir los emperadores. Esta pretension hubiera tenido pocas consecuencias en sí misma, á no haber sido apoyada por el conde Ricimero, uno de los principales jefes de los bárbaros auxiliares en Italia. Vástago de los suevos por su padre y de los reyes visigodos por su madre, había prestado eminentes servicios al imperio, y la destrucción de sesenta galeras vándalas en las aguas de la isla de Córcega, acababa de hacer que se le saludara con el título de libertador de la Italia.

Envanecido con su triunfo, invitó á Avito á que depusiera la púrpura (16 de Octubre de 456). Este proveyó á su seguridad haciéndose consagrar obispo de Plasencia. Persiguióle hasta dentro de esta ciudad la venganza del Senado, y allí supo que había sido condenado á la última pena. Entonces apeló á la fuga con intencion de refugiarse al otro lado de los Alpes, si bien murió ó fué muerto en la travesía, no sin echar de ménos los dulces solaces del nativo suelo.

Después de haber quedado vacante por algun tiempo el imperio, fué conferido á Mayoriano (1.º de Agosto de 457), que era digno de reinar en época más venturosa. Había servido á las órdenes de Aecio con la reputacion de un hombre denodado, liberal y hábil hasta lo sumo, y su gloria había excitado la envidia de aquel general, quien le había despojado de su grado. Devolviósele después de su muerte, y Ricimero, patricio de Italia, le nombró general de la caballería y de la infantería. Cuando en aquel elevado puesto hubo repelido Mayoriano á los alemanes, que se habían atrevido á avanzar hasta Belinzona, le encumbró Ricimero al trono de que disponía á su albedrío, si bien como bárbaro no osaba sentarse allí en persona.

Mayoriano puso en conocimiento del Sena-

do y del ejército su eleccion en los términos siguientes. «Sabed, oh padres conscritos, que he sido nombrado emperador por eleccion vuestra y por la sancion del valerosísimo ejército. Sea propicia la divinidad á este acto en obsequio del bien público y en vuestra ventaja, otorgando venturoso suceso á nuestro reinado, puesto que no he llegado al poder supremo por mi voluntad propia, sino por ciega sumision al voto público, á fin de no vivir para mí solo, ó de no parecer ingrato con una negativa á la república, para la cual he nacido. También hemos tomado venturosamente en las calendas dedicadas á Jano las haces del consulado, á fin de que el presente año, aprovechándose las ventajas de nuestro naciente imperio, fuera igualmente designado con nuestro nombre. Auxiliad ahora al príncipe que habeis creado, tomad parte con nosotros en el cuidado de tratar los negocios, con el objeto de que á beneficio de nuestra comun solicitud crezca en grandeza y poderío el imperio que me fué dado por intervencion vuestra. Creed que la justicia seguirá su curso en nuestro tiempo, y que la virtud podrá prosperar bajo mi patrocinio, consagrado exclusivamente á la inocencia. Nadie tendrá porque temer las vejaciones del espionaje, ya reprobado por mí como simple particular, en las costumbres ajenas, y condenado especialmente ahora. Tampoco tema nadie las calumnias á excepcion de los que sean autores de ellas. Tendremos particular cuidado, en compañía de nuestro padre y patricio Ricimero, cuyo activo celo vigilará por las cosas militares, y con el auxilio de la divinidad, siempre poderoso, en conservar intacto el mundo romano, que nuestra comun solicitud ha preservado ya de las discordias domésticas y de los enemigos exteriores. Asociado en otro tiempo á vuestros peligros y á vuestros trabajos, espero y me prometo de vuestra benevolencia, que nuestra eleccion habrá de grabarse en vuestra memoria; y si el cielo me lo concede, me esforzaré en las cosas comunes con la autoridad de un príncipe y los miramientos de un colega, para proceder de manera que nunca tengais motivo de arrepentiros respecto del juicio que de mi persona habeis formado.

»Deseamos que vivais venturosísimos y muy florecientes durante largos años. Prosperidad

y salud, padres conscritos de la santísima orden.»

Esta proclama reprodujo por la vez postrera el lenguaje de los primeros dias del imperio, caído en desuso hacia mucho tiempo. El escaso número de leyes, que este emperador promulgara, respiran sentimientos generosos expresados con dignidad suma, propios de un padre que gobierna y rige á pueblos muy desventurados; allí donde puede aplica remedio á los males, y los compadece en caso de impotencia. Mayoriano alivió á las provincias, «destrozadas por la exaccion variada y multiple de los tributos, y por el enorme peso de las contribuciones extraordinarias» aboliendo las antiguas deudas al fisco; y quitó la jurisdiccion y la vigilancia en materia de impuestos á las comisiones extraordinarias, para restituirla á los magistrados provinciales.

Las curias, es decir, los cuerpos municipales, *visceras de la ciudad y nervios de la república*, estaban de tal manera envilecidas por la injusticia de los magistrados y por la venalidad de los exactores, que se resignaban muchos á un destierro oscuro y lejano, á trueque de no formar parte de ellas. Mayoriano exhorta á volver á los decuriones, al mismo tiempo que suprime las obligaciones ominosas que les habían obligado á desertar de aquel punto. En su consecuencia les releva del deber de ser responsables de la recaudacion de los impuestos en las localidades donde tuvieren su residencia, exigiéndoles únicamente una minuciosa y exacta cuenta del ingreso, y una lista de los deudores que se habían atrasado en el pago de sus cuotas. Restituye á los defensores de la ciudad su poder tutelar, invitando á elegir para aquel puesto á personas incorruptibles, capaces de sostener con energía al pobre, de combatir á los opresores, y de informar al emperador de los abusos de poder cometidos en su nombre.

También proveyó á la reparacion de los antiguos edificios, ora se desmoronaran por descuido, ora hubieran sido degradados por los que ya entonces empleaban los venerables vestigios de la antigüedad en modernas construcciones. Debía ser azotado, cortándole además las manos, el empleado de un magistrado que permitiera sin necesidad la demolicion de edificios antiguos.